

La cultura de la muerte en la región de Los Lagos: La fotografía de los difuntos

Juan Carlos Velásquez Torres¹

Resumen

La fotografía, hizo su aparición en nuestro país hacia 1840 y de inmediato se transformó en un excelente medio para reproducir el entorno geográfico y para dejar testimonio de costumbres, sentimientos e ideas. Una de esas costumbres fue la fotografía de difuntos, que hasta mediados del siglo XX formó parte de la cultura de la muerte en la X región de Los Lagos.

Palabras Clave: Desarrollo, Cultura, Región de Los Lagos, Fotografía, Costumbres

¹ Profesor de Historia, estudiante de la primera generación del magister en Ciencias Sociales que dicta el Centro de estudios del Desarrollo Local y Regional de la Universidad de Los Lagos, Osorno, Chile.

“*Cuando tenía unos 9 años, debí acompañar a mi madre al velorio de don Francisco Tureo, antiguo vecino de Iñipulli, localidad rural cercana a Valdivia. Mientras escuchaba el lamento de los familiares y amigos, con extrañeza pude observar que el ataúd estaba en el suelo y el difunto, elegantemente vestido, permanecía tendido sobre una mesa. De pronto ingresó al comedor un señor que tomó varias fotografías al cadáver, todas las cuales pasaron a formar parte del álbum familiar*”.

El recuerdo del Profesor de Historia, Víctor González Frías se remonta a 1979 y nos habla de una práctica extinta en la X región de Los Lagos: la fotografía de difuntos que, desde mediados del siglo XIX, formó parte de nuestra cultura sobre la muerte.

La fotografía de difuntos, tiene antecedentes en la pintura colonial. Durante ese período, se realizaron retratos de religiosos(as) en su lecho mortuorio, con expresiones un tanto idealizadas, los cuales tenían por objeto difundir la imagen del sueño eterno y placentero que producía la “buena muerte”, concepto cristiano que conjugaba el descanso del cuerpo y el encuentro del alma con Dios (1).

El siglo XIX enfatizó con el romanticismo la demostración de sentimientos y la añoranza de los seres queridos. Por ello, retratar a un familiar era una forma de guardar su recuerdo. Si la fotografía fijaba la imagen viva de una persona, entonces ¿por qué no podía también conservar para la posteridad su imagen mortal?. Si era factible aceptar que las fotografías inmortalizaran los

nacimientos y otros acontecimientos vitales de un grupo, no sería conveniente en que también eternizara la figura de los muertos (2).

La fotografía ya no hizo posible la idealización de los rostros de los difuntos, pero mantuvo la transmisión de la muerte entendida como un sueño. Convertía al cadáver en un objeto de culto, de conmemoración, certificando su paso por la vida y permitía el recuerdo de los seres queridos (3).

Las casas fotográficas comenzaron a extenderse en Chile durante la segunda mitad del siglo XIX, y entre los diferentes servicios que publicitaban estuvo el de fotografiar a los difuntos. Retratar a una persona, estuviese viva o muerta, era parte de un rito que no se improvisaba. Tomar una fotografía no era un acto masivo, requería conocimiento y experiencia, en especial por los detalles técnicos de recreación de escenarios, ángulos de pose y otras minucias que hacían descansar esta labor en manos que conocieran el oficio (4).

Este tipo de fotografía era un servicio especial. Tenía una tarifa más alta por el valor afectivo que le asignaban los parientes de los fallecidos y que habían decidido captar la última imagen del difunto antes de su entierro, como un postrero testimonio de su paso por este mundo y atenuar de alguna manera el desconsuelo causado por su pérdida. “*Fotografiaban a los muertos con la esperanza de que sus almas permanecieran en los retratos*”, nos asegura la profesora puertovarina Sonia González Berner.

Para muchas familias significaba un esfuerzo económico, que no importaba asumir ante la posibilidad de preservar la imagen del familiar extinto. Muchas veces las personas no habían sido fotografiadas en vida por lo tanto los parientes veían en ésta fotografía la última oportunidad de mantener vivo su recuerdo. Sin lugar a dudas este tipo de ritos fúnebres estaban más destinados a los vivos que a los muertos. Las almas de los difuntos debían estar agradadas con el comportamiento de los vivos, de manera de ser favorables hacia ellos.

Hasta 1910 las fotografías se centraron en el cuerpo. No siempre el cadáver retratado aparecía solo pues en numerosas oportunidades, se observa acompañado de familiares o amigos para indicar al resto de los vivos su pertenencia a un grupo, clase o institución. Por eso, estas fotografías no eran consideradas como algo macabro o de mal gusto, dado que su existencia era el producto de valores compartidos. De allí que la actividad del fotógrafo tampoco se calificara como carente de ética. (5)

Quizás uno de los aspectos más importante en la fotografía de difuntos, era la franqueza de nuestra sociedad en su relación con la muerte. La agonía se escuchaba y la muerte se veía de cerca. Formaba parte de la vida cotidiana de la gente. Llegaba con las epidemias de tifus y viruela. Se quedaba por mucho tiempo revoloteando en medio de las familias, en los conventillos donde el hacinamiento y la carencia de agua potable facilitaban los contagios. Acechaba a los niños desde que nacían y se llevaba a muchos de ellos, en los tiempos en que las condiciones de nutrición eran deplorables y la atención materno-infantil nula. También se filtraba

en los pulmones de los pobres y los mataba de tuberculosis.

En la mayoría de las fotografías de difuntos los retratados son niños. Ello es lógico considerando las altas tasas de mortalidad que afectaban a la población infantil y el impacto que su deceso provocaba en los padres y parientes. Los fotógrafos se propusieron crear la ilusión de que estos dormían, haciendo referencia al concepto del eterno descanso de los muertos. Las imágenes nos muestran a niños acostados en sus cunas o camas, con una expresión pacífica, elegantemente vestidos como si en cualquiera momento pudieran despertar y levantarse. Generalmente la toma se realizaba el mismo día del deceso. La tardanza en la llegada del fotógrafo muchas veces obligaba a extender los velorios y aplicar un maquillaje excesivo al cadáver.

La fe en la resurrección y la esperanza en la vida después de la muerte, hicieron más llevadero el dolor, en especial cuando para las familias el deceso de un niño se convirtió en la primera muerte injusta e inexplicable, atribuible quizás sólo a un designio divino. Es por estos motivos que las fotografías de infantes muertos se generalizaron en Chile, donde el deseo de recrear visualmente el momento de la muerte se comprendió no sólo como el primer paso para aceptar el fin de la existencia, sino también como la primera señal de tránsito hacia una vida mejor, por parte de quienes se habían convertido en los nuevos "angelitos del cielo".

En el caso de las fotografías post-mortem de adultos, apreciamos también algunas características comunes con los retratos infantiles, como la necesidad de retener la imagen del difunto en su último

momento. Si bien no le es posible al ser humano escapar de la descomposición de la carne, el acto fotográfico tiene el mérito de retener el momento, de conservar y verificar la vida y la figura del fallecido. (6)

Fotografiar a un difunto era asimismo una forma de autenticar su muerte ante la familia y la colectividad. Era la prueba irrefutable de que el padre, esposa o hijo habían desaparecido de este mundo y debían ser recordados con respeto y veneración. Este sentido testimonial de la imagen fotográfica, es el que ha señalado Roland Barthes en uno de sus textos: *"La fotografía puede mentir sobre el sentido de las cosas, siendo tendenciosa por naturaleza, pero jamás podrá mentir sobre su existencia"* (7)

Precisar con certeza el origen y desarrollo de esta práctica en la X Región de Los Lagos no es fácil. Si bien es posible constatar que su adopción corresponde a influencias europeas, aún es un misterio el nombre del primer fotógrafo que se dedicó a prestar este servicio. Donde prevalecen más dudas es precisamente en el origen social de quienes se retrataban y legaban después, estas fotografías post-mortem. En un comienzo, es posible suponer que los retratados fuesen una elite, en la medida que la fotografía era un "lujo" que sólo algunos podían costear. Pero la virtud de este invento, fue la de lograr masificarse con el transcurso de los años, pudiendo llegar los servicios de un fotógrafo a los sectores menos pudientes.

En nuestra región fueron numerosos los fotógrafos que en su quehacer profesional incursionaron en la fotografía de difuntos. Entre los más importantes podemos señalar a Enrique Valck en Valdivia;

Pedro Adams, Ernest Bergk y August Christ en Osorno; Germán Wiederhold, Ernst Karl Gustavo Oettinger y Hardy Schaefer en Puerto Varas; Bernardo Mechsner, Manuel Gómez, Enrique Mora y Arnoldo Skoruppa en Puerto Montt y finalmente Gilberto Provoste en Chiloé. (8)

El fotógrafo puertovarino Hardy Schaefer, recuerda la última ocasión que hizo este tipo de fotografías: *"En el verano de 1964, debí viajar a la localidad de Los Muermos, pues había fallecido un bebé. Al estar listo para fotografiar al niño, el padre me solicita esperar un momento, para llamar a su esposa e hijos, sacar al pequeño difunto del ataúd y posar para la posteridad. Salí perturbado de ese velorio con la firme decisión de no volver a realizar este tipo de trabajo"*(9). Por otra parte, la señora Nancy Strauch, residente en las Parcelas San Rafael, Comuna de Puerto Varas, asegura haber quemado un número indeterminado de fotografías de difuntos, todos antiguos miembros de la familia pues *"sentía horror, tener en mi casa ese tipo de imágenes"*.

Las explicaciones para este cambio de actitud pueden ser varias, pero podemos señalar que a mediados del siglo pasado se produce un alejamiento de las imágenes mortuorias de la vida cotidiana, en particular por las transformaciones que la misma idea de la muerte había experimentado en la sociedad. La muerte romántica del siglo XIX, con su acento en la emotividad por la pérdida del ser querido, ha sido reemplazada en el siglo XX por una idea que asimila la muerte a un tabú, que la excluye como tema de conversación y de cualquier ámbito social, para relegarla a los cementerios o sólo a la conmemoración del día de los difuntos (10).

Junto a este cambio en la idea de la muerte, la misma fotografía ha sufrido también algunas transformaciones. Su masificación en el siglo XX, entregándole la posibilidad a miles de personas de poder captar recuerdos y fragmentos de la realidad, le quitó al quehacer fotográfico los aspectos rituales que poseía esta actividad en el estudio o en el salón de los hogares. Ya no se necesitó de un experto para inmortalizar los momentos significativos de un grupo (11).

Sin lugar a dudas nuestra sociedad vive actualmente en una contradicción frente a la muerte. Por una parte, en los medios de comunicación se la muestra en forma violenta, sangrienta y desvinculada de sentimientos, de la experiencia íntima y afectiva que posee, mientras que en la vida cotidiana se evita tener contacto con ella. Finalmente estamos seguros de que este tema, desconocido para muchos, permite un acercamiento a nuestro pasado desde un punto de vista diferente. Nos ayuda al rescate de una identidad perdida, a entender costumbres que podríamos suponer nunca existieron y a comprender que rol juegan las imágenes en cualquier sociedad, como transmisoras de ideas, sentimientos, o fuentes de información sobre ritos que han perdurado o que han desaparecido, como la fotografía de difuntos. (12).

Notas

- (1) Eugenio Pereira Salas, Historia del Arte en el Reino de Chile, Ediciones de la Universidad de Chile, Santiago, 1965, p. 75.
- (2) Pierre Bourdieu, Ensayo sobre los usos sociales de la fotografía, Ediciones Minuit, París, 1978, p. 100.
- (3) Publio López Mondejar, Las fuentes de la memoria. Fotografía y sociedad en la España del siglo XIX, Lunwerg editores, Madrid, p.66.
- (4) Eugenio Pereira Salas, El centenario de la fotografía en Chile, 1840-1940, en Boletín de la Academia Chilena de la Historia, Nº 20, 1942, p. 54.
- (5) Cecilia García-Huidobro, Los años heroicos de la fotografía en Chile, 1840 - 1880, Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, 1992, p.29.
- (6) Jay Ruby, Muerte y Fotografía en América, Mit Press, 1995, Massachussets, p. 123.
- (7) Roland Barthes, La cámara lúcida, Editorial Gustavo Gili, Barcelona, 1982, p. 152.
- (8) Mariana Matthwes, Fragmentos de una Memoria, 1858-2000, Fotografía en la X Región de Los Lagos, Ediciones El Kultrun, Valdivia 2001, p. 32.
- (9) Juan Carlos Velázquez Torres, Cuando la muerte era retratada, en Diario Austral de

Osorno, 8 de septiembre de 2002, p. 17.

- (10) Philippe Ariés, El hombre ante la muerte, Taurus Ediciones, Madrid, 1987, p.480.
- (11) Gisèle Freund, La fotografía como documento social, Editorial Gustavo Gili, Barcelona, 1993, p. 177.
- (12) Marco Antonio León, Imágenes Perennes. Aproximaciones al retrato mortuario en Chile, Siglos XIX y XX, en Boletín de la Academia Chilena de la Historia, Nº 106, 1996, p. 202.

Anexo: Fotografía de Difuntos

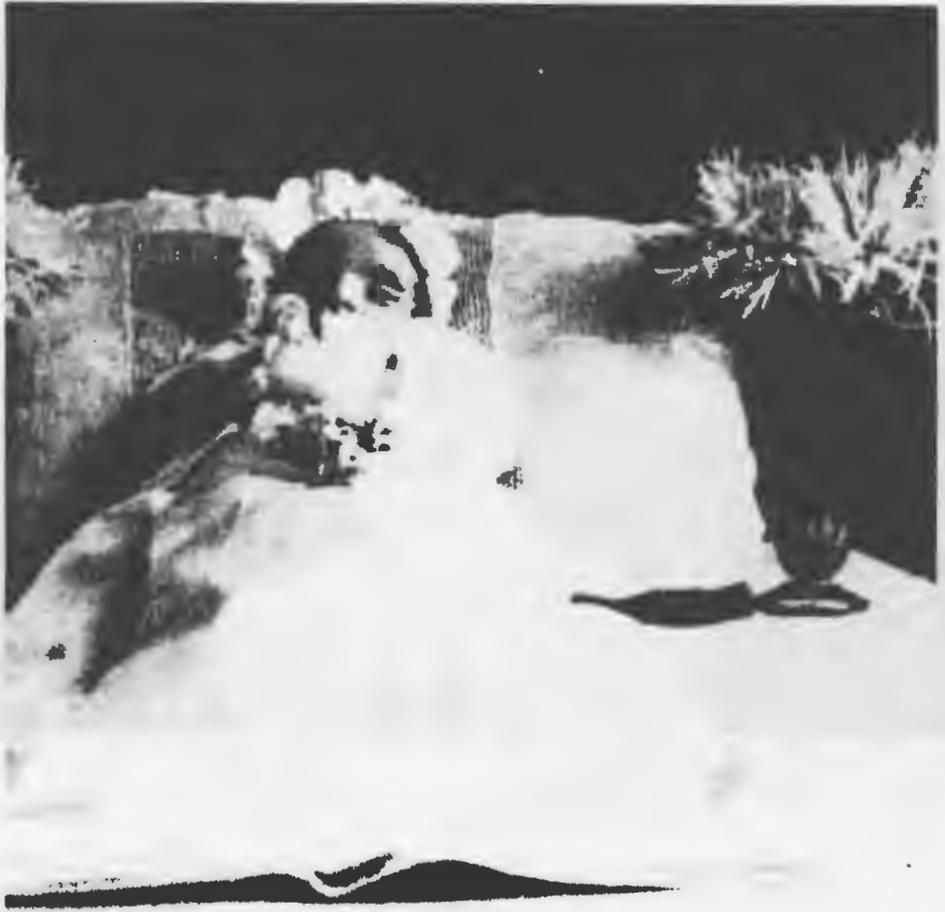
Fotografía de ERNST KARL



Fotografía de PEDRO HOWARD



Fotografía de RIGOBERTO NIKLITSCHK SCHWERTER, 1933



Fotografía de Velorio de Angelito, Castro, Chiloé, 1945



Fotografía de Ricardo Hitschfeld

